

UN REGRESO

Regreso a casa con los pies hinchados. Anochece. Hoy he trabajado mucho y estoy rendido. Los ojos, me pesan dentro de las órbitas. La ropa, sobre los hombros, carga su mano invisible, y, agobiado, trato en vano de enderezarme... Pienso en muchas cosas sin sentido, pero una idea fija, domina el reducido campo de mi cansada imaginación. He andado más de cincuenta cuabras. He tratado de ver a alguien y he hecho lo posible para que me viesen. Creo no haber pasado desapercibido... ¿Y si esto fuese vanidad mía? ¿si nadie me hubiese visto? Sí, posiblemente, nadie me ha observado, nadie se ha importado de mí. Yo los he visto a todos, los he observado. Amigos, enemigos, conocidos, paseantes indiferentes, mujeres hermosas... A la mujer que buscaba, no la he hallado, porque de ser así, yo a estas horas no regresaba a casa, andaría con ella por la calle. Esta "ella", es otra, es una de ellas, la que más me entusiasma por ser la menos mía...

Regreso a casa con los pies hinchados. Anochece. Soy uno de los tantos vagos del crepúsculo. Nadie me mira. Esto me da mucha rabia. Nadie se percató que paso yo... Pero, ¿quién soy para que se interesen por mí? No quiero responderme, pero estoy firmemente convencido que soy algo en esta vida. Así como yo he visto a Graxes, a Somba y a Zamoray, ellos deben haberme visto... Esto me tranquiliza y pienso: ¡Ah, si en casa hallase una carta importante! Estoy seguro,

pienso de repente, en casa hay una carta para mí, con una noticia, con una gran sorpresa, con mucho dinero dentro, con la felicidad entera! Sigo soñando, aunque me duelen los pies y la ropa me pesa y me fatigo y no sé dónde meter las manos, que me estorban mucho... Sigo soñando o pensando a pesar de todo, o quién sabe, por ese mismo pesar que me acompaña sueño y fantaseo. En casa encontraré una carta de importancia. Rasgaré el sobre y me verán sorprendido... Sí, eso mismo, será una sorpresa, una enorme sorpresa... ¡Ah! puede estar en casa, esperándome, Yorita! ¡Pero es posible esto, que una mujer de su condición me esté esperando en casa? Yo me contesto: Sí, es posible. Pueden haberla echado de su casa..., y ¿por qué — vamos a ver, — por qué la van a echar de su casa? No, mejor es pensar que Yorita se ha escapado de la casa de sus padres, que huye y me pide refugio, asilo, protección... ¡Pero si ella tiene novio, iría en este supuesto caso, a casa de su novio? ¡Ah! pero debo pensar que Yorita, está enamorada de mí... Sí, eso es, me espera en mi habitación, (me gusta pensar así) me espera, con el tapado puesto, impaciente, con el sombrero en la mano.

Mis amigos le habían dicho a Yorita: Aguarde usted, dentro de una media hora larga, él estará aquí. Suele llegar a las 20, a más tardar... Y, Yorita me espera, sentada ahora al borde de mi cama, como al borde de un precipicio... Mi cama tiene un pozo en el medio, donde mi sueño forma un charco o un lago, según mi dormir... Pienso que Yorita viene a quedarse conmigo, viene a vivir conmigo... Me servirán la comida en la pieza, reiremos, después de llorar; soñaremos, después de reir. Y, luego, será mía, será mía... Gozo abandonándome a la garra de una idea...

Sigo andando, andando sin parar. He caminado una hora sin parar. No sé cuantas cuadras de peregrinaje. Me faltan, para llegar a casa, doce cuadras. La calle es

oscura y repecho con fatiga. Me arden los pies; el sombrero me pesa, y no sé dónde colocar las manos, pues si las guardo en los bolsillos del sobretodo, me pesan las ropas sobre los hombros, y si las llevo fuera, me maltrato la carne de los dedos, con el borde de los anillos.

Vuelvo a pensar... Y, ¡cómo me gusta seguir así! Yorita está en casa. Me espera y será mía. Es extraordinario esto! Me llegaré a ella y la besaré. Sí, en casa está Yorita... ¡Por qué no puede ser que esté Yorita en casa! Ella me dijo que el día menos pensado, huía de su casa. Y, aunque esto lo dicen todas las mujeres a quienes se les contraría algo, yo estoy seguro que Yorita, no es como las demás. Yorita, está en casa, esperándome. Estoy seguro, segurísimo. La veo en casa, en mi cuarto, examinando mis estampas; revolviendo mis papeles, hurgándolo todo. Se quedará a vivir conmigo... ¡cuánto tiempo! No, es mejor que deje el futuro a un lado, nada más zozco que malograr una hora, por el futuro... Yorita me verá llegar y se pondrá roja, llorará... Mientras tanto, daré yo las órdenes pertinentes, de cerrar la puerta de calle y no abrir sin antes preguntar quién va... Yorita trae poca ropa, casi nada más que lo puesto, pero trae algunos pesos. Con ellos se comprará ropa, o nos iremos a un hotel... Debe de ser hermoso vivir en un hotel con una mujer como Yorita... y aunque no sea con Yorita, con cualquiera, debe de ser bonito vivir en un hotel... Nunca he podido hacerlo. Pasaremos unos días en casa y luego al hotel. Yorita, se sentirá señora... ¡Que la perseguirán! No, es mayor de edad. Todo resulta a pedir de boca, me siento muy feliz, pero muy feliz...

Sigo andando. Aún me faltan 8 cuadras... Sigamos pensando... Me duelen los pies y las piernas. Me pesa el sombrero... No importa. Sigo pensando... Entraré en casa, como si nada supiese, con cara de igno-

rantón, aunque sé firmemente que está Yorita y hay una carta abultada para mí. Para no quedar en ridículo y para evitar que mis amigos conozcan lo sobrenatural de mi imaginación, yo haré de modo que ellos no se enteren de que yo ya lo sabía... Yorita, me espera, hojeando un libro, curioseando en mis cajones... No, no se atreverá a tanto. Debe estar muy cohibida la pobre Yorita...

Ando despacio ahora. Estoy muy cansado. Me pesan los ojos en las órbitas. Llevo los pies hinchados y me duelen las espaldas. Pero gozo pensando que en casa está Yorita, y la veo, de cuerpo entero, y veo mi

Bueno, me digo es conveniente ocultar estas ideas, de la cabeza... Por algo se me ha ocurrido pensar así.

Bueno, me dijo, es conveniente ocultar estas ideas, no decirlas. Si una fuerza extraña y desconocida luce me pensar así, honrado es evitar que la descubran, pues si esto sucede, todos querrán poseer esa fuerza, o ser poseídos por esa fuerza oculta que protege, guía y glorifica mis pasos. Sí. Trataré de hacerme el sorprendido y por toda la vida, ocultaré estas horas de imaginación, sin decir a nadie, mi momento maravilloso de inspiración y presentimiento.

Yorita está en casa y me espera desde hace una hora. Yo tendré que engañarla, decirle cuatro tonterías. Verbigracia: Salí a comprar un libro y no pude hallarlo. Mañana saldré por él. Hoy abandoné el trabajo a las 17 y desde esa hora, ando atrás del libro.

Ella me creerá, porque es muy buena y porque yo sé mentirle. También creerá porque le daré un beso. A Yorita la sé positivamente enamorada de mí.

Estoy a cuadra y media de mi casa. Sigo fantaseando... Yorita en casa... Una carta, con una gran noticia... Los amigos me saludan al verme afortunado... Yorita queda a vivir en casa... Nadie nos incomoda... Nadie nos molesta... Yo soy muy feliz con

Yorita... ¡Ya suponía yo que se escaparía de su casa!... Yorita es muy extraña... Se parece a Edda Gabler! Es capaz de todo!... Está al borde de mi cama, como al borde de un abismo... Estoy cansado, rendido, muerto de cansancio... La cabeza me baila... Los pies inflamados... Los ojos me pesan... Apreto el paso... Deliro por llegar. Media cuadra... De noche cerrada... Mi cuarto, estará tibio, con Yorita de huésped. La casa, habrá cambiado; mis amigos hablarán en voz baja, harán comentarios halagadores, se sentirá la presencia de una mujer extraña.

Yorita está en mi cuarto, me espera. ¡Por qué no va a estar Yorita! Oloro que está, lo afirmo. ¡Por qué yo pienso que está Yorita! ¡Qué fuerza oculta me ha hecho pensar todo esto! ¡Por algo lo he pensado! Esto, no puede ser porque sí, debe tener su razón de ser. Hay alguna fuerza oculta que mueve mis pasos, que dispone mis ideas, que se adueña de mi cerebro. Siendo tan fácil su venida... ¡Por qué, vamos a ver, por qué Yorita no va a estar en mi cuarto! No hay una razón de peso para que me demuestre lo contrario, que me asegure que no es así.

Si yo lo pienso, por algo ha de ser. Pero debo ocultar mi pensamiento, no debo decirlo a nadie. Juro que nadie sabrá nada.

No descubriré la oculta fuerza que dispone mis ideas...

Sigo andando. Estoy muy rendido ahora. Derrotado.

Yorita, me espera en casa. Hay también una carta para mí. Estoy sofocado... Llego al zaguán de mi casa. Me detengo, para escuchar algo que adelante mi impresión... Por supuesto, está la casa en silencio... Le hacen silencio a Yorita, pienso. Entro... No hallo a nadie... Me duele la cabeza... Sigo hasta mi cuarto... Enciendo la luz... Nadie, ni cartas, ni diarios,

ni Yvrita... nada, absolutamente nada. La casa está sola, silenciosa, como un sepulcro. Respira: Absolutamente nada!...

¡Yo soy un desgraciado, me dicen, un miserable! Y me largo en el lecho, como un fanfo, y me pierdo, solo, mortalmente solo, estúpidamente solo, al precipicio, al abismo de mis suposiciones.

El reloj, con su tic-tac implacable, no sé si hilvana mis sueños o roba solapadamente mis fuerzas... El tiempo pasa. Cierro los ojos. Mañana hay que volver al trabajo!

ENRIQUE M. AMORÍN.